

LITERATURA & LIBROS

Centenario de un clásico

La memoria de Manuel Rojas juega el juego de recobrar al margen, en este manuscrito suyo, con la autenticidad de sus propios personajes y reconstruir algo de su rompecabezas vital. El hambre de la infancia que le dio las primeras vergüenzas y culpas, el instinto para mirar y ver al hombre, —reconociéndolo—, los caminos naturales del sexo, por precoz, incomprendible. En fin, algo de los habitantes de la tierra.

MANUEL ROJAS

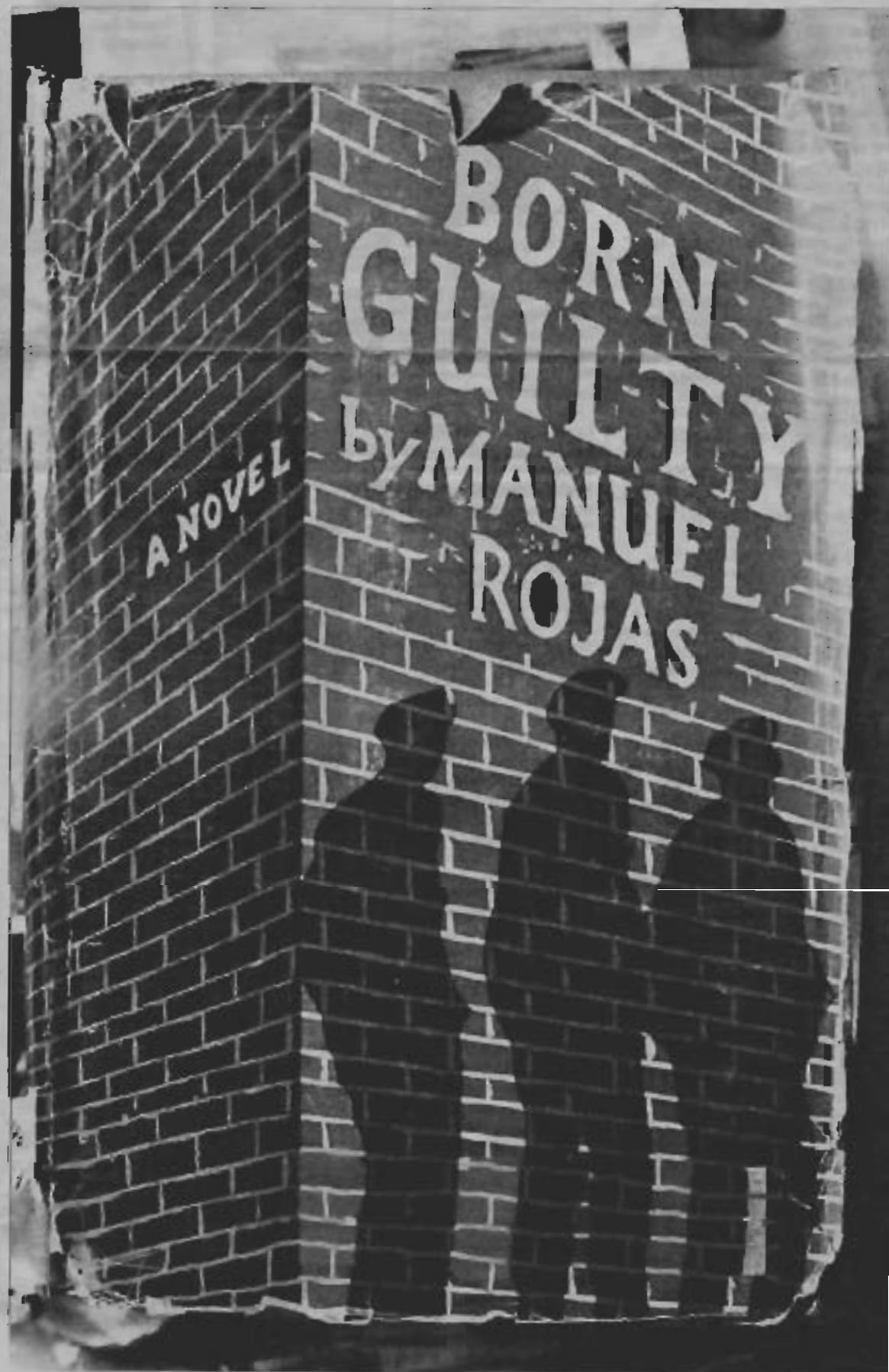
APRENDIZAJE DEL HAMBRE

Durante esa infancia, que todavía me parece muy larga —debería descubrirse algún modo de acortar la—, sensación que puede deberse a que fue, a pesar de todo, no del todo mala, aprendí muchas cosas: supe, por ejemplo, que era el hambre, no un hambre cualquiera sino una que puede hacer llorar a un niño, no porque no le hayan querido dar de comer sino porque no hay nada que comer, por algún motivo, mi madre no tenía qué darme, ni un pedazo de pan y no sé si eso duró un día o dos días, pero sí sé que una noche, quizá en contra de su volun-

tad, hubo de llevarme a una casa, no recuerdo qué casa, y contar lo que sucedía. Entonces nos dieron de comer y comí y me quedé dormido. Me avergüenza ahora haber dado a mi madre ese disgusto, pero yo era un niño, un maldito niño, y no sabía que si en la casa o en la habitación o en la calle no hay nada que comer, debe uno aguantárselo mientras halla la manera de satisfacer ese hambre, y si no la encuentra, sentarse por ahí y morir, o recurrir a la astucia y robar. En un mundo en que uno puede morir de hambre, robar no es pecado ni venial. Me conformo pensando que cuando, en mi adolescencia, pasé dos o tres días sin comer, no sé me ocurrió llorar, lo que habría sido tan estúpido como rezar o cantar en alemán —además nunca supe alemán— y me aguanté y a veces robé, pequeñas raterías nada más, pues fui un ladrón ocasional. Con esos pequeños robos yo y mis amigos tranquilizábamos nuestros estómagos por unas horas, no por meses o años, como los tienen tranquilos otros que nacen con ellos tranquilos para toda la vida o que los mantienen así con un esfuerzo inferior al que hacemos nosotros para tranquilizar los nuestros.

CALIDADES HUMANAS

Aprendí también a distinguir, valiéndome de los mismos antecedentes, la voz, la mirada, un movimiento, una palabra, un tono, la calidad humana del ser que tenía ante mí. Si vestía uniforme de policía, de militar, de gendarme de frontera o de cárcel, era el uniforme lo que me ilustraba: era lo otro, la voz, la mirada y lo demás. Algunas veces recibí de algunos uniformados y sin haber hecho nada para mere-



cerlo, sólo estar preso o afligido, manifestaciones tan preciosas de afecto o comprensión o simpatía, que hubiera hecho por ellos lo que me hubieran pedido, seguro de que no me pedirían nada desordenado, o me hubiera ido con ellos a conversar o a pasear a alguna parte; y otras veces, también sin haber hecho nada por merecerlo, sólo porque era un muchacho pobre, recibí de otros uniformados un trato inexplicablemente duro. Creo que si los uniformados no insistieran en imitar a sus jefes, quienes para dar órdenes deben gritar y poner ojos feroces, el pueblo los apreciaría más de lo que los aprecia. Por desgracia, cuando toman contacto con el pueblo es, precisamente cuando están bajo el mando de algunos de esos jefes, muchos de los cuales si no son racistas, aunque podrían llegar a serlo, discriminan mucho entre el hombre bien vestido y el que no está tanto, entre un caballero y un trabajador.

Convenzo en que esa sabiduría mía no es exclusiva, ya que alguna gente sabe distinguir por esto o por lo otro de qué se trata ahora o después, y aquí o allá, pero creo también que mientras más experiencia tiene uno, mientras más haya vivido, mayor será esa capacidad de conocer a la gente sin tener de ella sino aquellos antecedentes. Creo, además, que hay en ello una especial sensibilidad, aunque muchas personas muestran tan a lo vivo su brutalidad, que no es necesario ser muy sensible para darse cuenta de ello: la brutalidad los brota como el mal olor de lo descompuesto.

APRENDIZAJE SEXUAL

Supé también algo sobre el sexo. ¿Qué supé? No fue mucho, curiosidad, tanteos, roces, tocamientos furtivos. Hablé de la hija del cochero, una niña con quien, gracias a la confianza de sus padres y de mi madre, dormí dos o tres noches. Dormíamos, por cierto, toda la noche, pero en la mañana, cuando su padre se había ido con el coche, mi madre había salido y su mamá estaba entregada a los quehaceres que una dueña de casa pobre tiene en las mañanas, nos entregáramos a una curiosidad loca, revisándonos el cuerpo, uno a otro, centímetro a centímetro, terminando en donde se suponía que terminaríamos. Me quedaba asombrado mirando su sexo y comparándolo con el mío sin saber, por cierto, lo que eran. Sabía que tenían alguna relación, pero eso era todo lo que sabía. En ese barrio había visto cómo, en un potrero, un potrero cubrió a varias yeguas casi sin descansar y no era tan paguasto como para no sospechar que algo así ocurriría entre hombre y mujer, aunque ignoraba la forma exacta de ese ocurrir, ya que no se trataba ya de animales. ¿Cómo?, debo haberme preguntado, mirando su sexo y después el mío. Sólo veía un pequeño agujerito, rosado y de fondo oscuro, y ese agujerito no tenía ni medio centímetro de diámetro. ¿Cómo hacerlo? Imposible. Por lo demás, aunque estaba excitado, no sentía



deseos; sólo tenía doce años y la niña sólo ocho o diez y estaba a tres o cuatro de la pubertad. A pesar de todo, si en lugar de una niñita se hubiera tratado de una mujer experimentada que lo descaba, habría corrido de todo felizmente para ella. Pero la muchachita, fuera de aquel agujerito, que no prometía nada, aparecía como sellada y era, por supuesto, más ignorante que yo si eso era posible.

Me había iniciado en esa ~~research~~ el hijo de una amiga de mi madre, muchacho quizá un año mayor que yo y hermano de dos chicas, una mayor que él y una menor. Cuando, de visita en su casa, nos quedábamos solos, llamaba a sus hermanas y una vez todos reunidos en un dormitorio organizaba, con los pantalones abajo él y yo y sin calzarnos las chitas, una especie de revista seguida de una serie de toqueteos. La niña menor, absolutamente inocente, tocaba todo y accedía a que la tocaran y la mirara a placer; todo le producía risa. Pero la mayor, que quizá tendría doce años y que era gordita, aunque monda como un huevo, se retraía un poco y sólo a ruego del hermano nos otorgaba el favor de tocarla suavemente y sólo una vez, dos a lo sumo. La sesión terminaba por aburrimiento. De esas sesiones no se sacaban conclusiones ni resúmenes.

Nunca pensé que aquello era sucio o inmoral. No intervenía ningún mal pensamiento ni se realizaba nada malo, efectivamente malo, que produjera algún daño a alguien. Es cierto que en los dos casos no volví a ver, ya hombre, a ninguna de esas niñas, pero tengo la seguridad de que ellas guardan de

todo aquello un recuerdo semejante al mío. Nos veíamos corrientemente las manos, la cara, los ojos, las narices, las orejas, el cabello y queríamos verlo o vernos todo, ¿por qué no?, nada más fácil. Ninguna doctrina, ningún dogma, ninguna hipócrita moral nos lo impedía. Éramos seres limpios.



SIN GRACIA NI CREENCIAS

Aprendí algo también sobre los habitantes de la tierra, no de sus caracteres, de que ya hablé, sino de sus condiciones sociales y económicas: había patrones y trabajadores, ladrones y policías, pobres y ricos, mendigos, prostitutas, asesinos, profesores, muchos más, todos divididos en diferentes ramos y todos formando capas, todos también con su carácter, estúpidos o no, inteligentes o tontos, sobrios o ignorantes, brutales o bondadosos, tanto si eran patrones como trabajadores, ladrones o policías, pobres o ricos, mendigos, prostitutas, asesinos o profesores, no exis-

tían reglas; la bondad, la estupididad, la brutalidad habían sido tiradas como a voleo, indiscriminadamente, sobre ellos o en ellos; porque si la genética ha logrado descubrir algunas reglas de la herencia del color y a veces de la forma, nada se sabe de la herencia mental, cuyas leyes deben ser más enredadas que cualquier cosa enredada habida en el mundo. Con toda esa gente, con todos esos seres, algunos de cuyos ejemplares conocí durante mi infancia, iba a encontrarme en la vida.

No sabía, al salir de la infancia y entrar en la adolescencia, si había recibido alguna merced o gracia. Aparentemente no había recibido ninguna, pues no me distinguía en nada. Es cierto que me gustaba mucho leer y que podía hacerlo durante días enteros, pero hay gente que también lee mucho y no tiene ninguna gracia: es una afición, que es una subgracia. Jamás me pregunté qué iba a ser de mí. Me preocupaba más del momento presente: tenía que trabajar si es que quería sobrevivir. Lo demás, el futuro era, como para todos, incierto. Además, vendría por sí solo.

No traía creencias, ninguna cre-

encia. Había creído, más por imitación que por convicción, y la creencia desapareció apenas no tuve a quien imitar. Finalmente, si a primera vista no tenía gracia alguna ni creencia que valga la pena consignar, traje sí no una sabiduría, por lo menos una capacidad para imaginar recursos ante la adversidad, capacidad que no es más que el instinto que la vida concede a los que deben hacer frente a todo sin tener nada más que su propio cuerpo y su inteligencia, pequeña o grande; capacidad que, por otra parte, no sirve para nada cuando el infortunio es demasiado grande. La lectura de novelas de aventuras y de otra clase aumentó, por otro lado aquella capacidad: la gente se defendía. Era necesario aprender a defenderse.

PRIMER TRABAJO DEL LUNGO

Llegamos a Mendoza, después de una breve permanencia en Buenos Aires, en el invierno de 1910. Inconscientemente, mi madre se acercaba a Chile, yo con ella. No teníamos parientes en ninguna parte del mundo. Durante nuestra permanencia en esa ciudad y provincia, mi madre rastreó en uno o dos barrios de la primera, recuerdos de un su hermano. Ignoro las noticias exactas

que tenía y no creo que fueran muy exactas, pero el hecho es que alguien, unos años atrás, estando ella en Chile, quizás en los tiempos en que murió mi padre, dijo que su hermano había sido visto o vivía por allí. No encontramos cosa que valiera la pena, aunque un individuo dijo recordar a ese hombre, recordar vagamente, que es como no recordar nada; mi tío se había hecho humo. Era aquel tío, Telésforo Sepúlveda, condenado por fechorías cometidas, a algunos años de reclusión al presidio de Punta Arenas, de donde, en compañía de otros, huyó. ¿Cómo pudo llegar a Mendoza? Lo ignora pero, si era cierto, era una hazaña pues saldría del presidio tan pobre como una rata y hubo de atravesar, con sus propios medios, que no eran muchos, toda la Patagonia y toda la Pampa, distancias inmensas en esos tiempos. (Mi madre lo llamaba Telésforo, con acento, pero los españoles pronuncian y escriben el nombre sin acento alguno, es decir, con el acento natural en la primera de las oes. ¿Aquel acento ha sido agregado en Chile o, más bien dicho, en América? Es muy posible. Por mi parte, me gusta más a la española).

Era año de centenario de la Independencia en la Argentina y en Chile y los dos países lo iban a celebrar o ya lo habían celebrado, la Argentina en el mes de mayo, Chile en el de septiembre. Sin embargo, no sé por qué, en esa ciudad argentina se aprestaban a celebrarlo en ese mismo mes. ¿Por qué? ¿Sería porque Mendoza había formado alguna vez parte de Chile, así como San Juan y San Luis, porque ahí vivieron muchos chilenos y vivían aún, o por simple simpatía? No sé, pero el hecho es que la ciudad se aprestaba febrilmente para esa celebración. Además, había alguna festividad religiosa, pues la catedral o iglesia principal iba a ser objeto de una minuciosa iluminación en su fachada. Quizás celebrarían a la Virgen de Cuyo, tal vez, pero el caso es que la tal celebración me llevó como de la mano a trabajar en una empresa que efectuaría esa obra: ayudante de electricista, con escaleras, barrenos, cables, ampollitas, perforaciones, tubos y otras herramientas y elementos. Era una empresa de los hermanos Colombo, italianos. El mayor, alto, era ingeniero electricista, según se decía; el menor, bastante más bajo y un poco calvo y muy movido, dirigía los trabajos. ¿Por qué me tomó el segundo? Lo ignora. Me bautizó con el apodo que más me ha durado: El Lungo, y la verdad es que yo era lungu o largo, pues medía un metro ochenta y seis de estatura y no alcanzaba a pesar ni setenta quilos. Moreno, con el pelo muy negro cubriéndome la estrecha frente, pobremente vestido, debo haber presentado un aspecto más bien terrible, aunque mi voz, "tierna y dolida", como decía el querido González Vera, y mis movimientos, siempre tranquilos, desmentaban lo que lo demás podía sugerir.

